



James Joyce

ARABIA

LA calle de North Richmond era una callecita tranquila excepto a la hora de salida del colegio de niños de «Los hermanos cristianos». Al final de esta callecita y destacándose de todas las otras casas había una de dos pisos situada en medio de un sitio cuadrado. Las otras casas de fachadas café, se miraban con imperturbable indiferencia como gente que ya se conoce y se sabe decente. El primer dueño de la casa había sido un sacerdote que murió en el salón que quedaba detrás. El aire, adentro de las piezas, de estar encerrado, tenía olor a húmedo, y en la despensa detrás de la cocina, las paredes estaban cubiertas hasta arriba con papeles viejos inservibles. Entre éstos yo encontré algunos libros forrados en papel en cuyas páginas se podía leer en una letra muy airosa: «The Abbot» por Walter Scott. «The Devout Communicant» y «Memoirs of Vidocq». El último de estos libros me gustó más que los demás porque sus páginas estaban amarillentas. El jardín silvestre que quedaba detrás de la casa sólo tenía un manzano y uno que otro matorral. Bajo uno de éstos encontré el mango de la bicicleta del dueño antiguo, todo enmohecido. El había sido un sacerdote muy caritativo; en su testamento había dejado su dinero a varias instituciones y los muebles de la casa a su hermano. Cuando llegaron los cortos días

de invierno caía una niebla espesa ya antes de que termináramos de comer, y al salir a la calle encontrábamos que las casas se tornaban más oscuras. Un pedazo de cielo arriba, de color violeta, variaba entre todos los matices de este color, y hacia él los faroles de la calle elevaban sus débiles luces. El viento frío picaba y nosotros jugábamos hasta tener el cuerpo caliente. Nuestros gritos hacían eco en la calle silenciosa. Sin darnos ni cuenta jugando y corriendo, llegábamos detrás de las casas a los praditos de jardín y dejábamos allí los puños peleando con los chicos de las otras casas. El jardín quieto y silencioso se llenaba a olor a caballo de un establo vecino donde un cochero hacía sonar musicalmente las espuelas y arneses. Después al volver a la calle ya la luz de las cocinas iluminaba los patios, y si mi tío aparecía nos escondíamos en los rincones en la oscuridad hasta verlo entrar a la casa. En otras ocasiones mirábamos a la hermana de Mangan que se asomaba al umbral y llamaba a su hermano a tomar té. Podíamos ver así desde nuestro rincón como miraba ella la calle de un extremo a otro. Nosotros esperábamos hasta ver si ella entraba o salía y si se quedaba allí salíamos de nuestro escondite resignados. Ella nos esperaba y su figura se destacaba en el umbral de la puerta entreabierta. Su hermano le hacía bromas antes de obedecerle, y yo me quedaba observándola desde la reja. Al moverse su cuerpo se balanceaba y yo le miraba la trenza de pelo brillante y su vestido que seguía el vaivén de su cuerpo.

Cada mañana yo me tendía en el piso del salón de enfrente y contemplaba su puerta a través del visillo corrido hasta una pulgada del suelo, para poder verla y no ser visto. Yo corría hacia el hall, cogía mis libros y la seguía. Yo iba detrás siguiéndola y mirándola todo el tiempo y al llegar al punto donde nuestros caminos se separaban, yo apuraba el paso y la pasaba. Y esto se repetía cada mañana. Jamás la había yo hablado, y sin

embargo, su nombre era como el grito que hacía bullir mi sangre joven y efervescente.

Yo llevaba su imagen a todas partes, aun a los lugares menos a propósito para el romanticismo. En las tardes de los sábados cuando mi tía iba al mercado y yo también tenía que ir y traerle los paquetes, caminábamos entonces los dos a través de las calles bajas empujados por borrachos y vendedoras, entre los juramentos e insultos de los trabajadores, las estridentes y repetidas letanías de los muchachos de las tiendas, que parados y cuidando los barriles con carne de cerdo, escuchaban los cánticos populares de los cantores ambulantes que pasaban. Y todos estos sonidos se mezclaban para darme una sensación de vida y fuerza. Y yo me imaginaba llevar un cáliz a través de una multitud de enemigos. Su nombre venía a mis labios en la forma de extrañas plegarias y alabanzas que ni yo mismo comprendía. Mis ojos se humedecían (sin saber yo por qué) y a veces un torrente de sangre me quemaba y llenaba el pecho. Poco me detenía a pensar en el futuro y no sabía si podría o no hablarle algún día y contarle mi secreta adoración. Y mi cuerpo era como un harpa por la que sus gestos y palabras resbalaban como dedos que la hicieran sonar.

Una tarde me fuí atrás al salón en que había muerto el cura. Era una tarde lluviosa y oscura y no se oía ni un sonido en la casa. A través de los vidrios rotos escuché el sonido que hacía la lluvia al enterrar sus finas agujas de agua en la tierra de los praditos del jardín. Y entonces una lámpara distante brilló a lo lejos. Me sentí feliz de poder ver tan poco. Y todos mis sentidos parecían apagarse y dejarme, entonces me oprimí fuertemente las manos y murmuré: «¡Amor mío», «Amor mío!», repetidas veces.

Por fin un día me dirigió la palabra. Al pronunciar ella las primeras sílabas yo me confundí tanto que no supe qué contestar. Me preguntó si iría yo a «Arabia».

No recuerdo si le dije sí o no. El bazar va a estar estu-
pendo, me dijo: a mí me encantaría ir.

«¿Y por qué no puede Ud. ir?» le pregunté.

Mientras hablaba daba vueltas a un brazalete de plata alrededor de su muñeca. No podría ir porque esa semana habría retiro en su convento. Su hermano y otros dos niños, peleaban por sus gorras y yo solo estaba parado en la reja. Ella tomó una de las espigas inclinando su cabeza hacia mí. La luz de la lámpara que encendieron en la casa del frente, tocó la graciosa curva de su cuello, alumbró su cabellera y resbalando tocó con su luz la mano que apoyaba ella en la reja. Descendió después por un lado de su vestido y tocó el borde blanco de su enagua, apenas visible cuando ella estaba parada así descansando.

—«Qué bueno para Ud»., dijo ella.

«Si voy, le dije, le traeré algo».

Qué de innumerables locuras se adueñaron de mi pensamiento de día y de noche, después de esa tarde. Yo deseaba aniquilar los tediosos días de intervalo.

Rabié contra el trabajo del colegio. Por la noche en mi dormitorio y en el día en la sala de clase, su imagen venía a interponerse entre mí y las páginas que yo luchaba por leer. Las sílabas de la palabra «Arabia», venían llamadas por mí a través del silencio en que mi alma se deleitaba y me envolvían en un encantamiento oriental. Pedí permiso para ir al bazar el Sábado por la noche. Mi tía se mostró sorprendida, y dijo que esperaba que no se trataría de alguna fiesta de los Masones. Contesté a muy pocas preguntas en la clase. Pude observar cómo la cara de mi maestro pasaba de la amabilidad a la dureza: él esperaba que yo no empezaría a flojear. Yo ya no podía mandar sobre mi vagabundo pensamiento. Escasamente tenía paciencia con los serios trabajos del vivir que ahora que se entrecruzaban entre mí y mis deseos se me ocurrían juegos de niños, feos y monótonos juegos de niños.

El Sábado por la mañana le recordé a mi tío que yo quería ir al bazar esa noche. El estaba ocupado frente al armario del hall en busca de una escobilla para su sombrero y me contestó cortantemente:

«Sí, muchacho, ya sé».

Como él estaba en el hall no pude ir al salón del frente y tenderme cerca de la ventana. Dejé la casa de mal humor y me encaminé lentamente hacia el colegio. Sentí el aire a mi alrededor atrozmente duro e inmediatamente me falló el corazón.

Cuando volví a comer mi tío aun no había llegado a la casa. Sin embargo todavía era temprano. Me senté a observar el reloj, durante unos instantes y cuando su tictac empezó a irritarme, dejé la pieza. Subí por la escalera y llegué hasta la parte alta de la casa. Las piezas frías, altas, desamparadas y melancólicas me liberaron y fuí de una pieza a otra cantando, desde la ventana del frente ví a mis compañeros jugando abajo en la calle. Sus gritos me alcanzaban debilitados e indistintos e inclinando mi frente contra los vidrios, miré hacia la obscura casa en que ella vivía. Debo haber estado allí una hora viendo nada más que la figura vestida de café que mi imaginación forjaba, apenas acariciada discretamente por la luz de la lámpara en la curva del cuello, en la mano sobre la reja y al borde bajo el vestido

Cuando volví abajo después, encontré a la señora Mercer, sentada cerca del fuego. Ella era una vieja y arrogante mujer, la viuda de un prestamista, que coleccionaba estampillas para fines de beneficencia. Yo tuve que soportar la charla en la mesa del té. La comida se prolongaba por más de una hora y aun mi tío no llegaba. La señora Mercer, se paró y se fué: sentía mucho no poder esperar más; pero eran más de las ocho y no le gustaba quedarse a fuera tan tarde de la noche porque el aire no le hacía bien. Cuando ella se fué, yo

empecé a medir la pieza con mis pasos apretando los puños. Mi tía dijo:

«Yo temo que tendrás que posponer por esta noche tu ida al bazar.»

A las nueve oí la llave de mi tío en la cerradura de la puerta del hall. Le escuché hablar a solas y oí el vaivén del armario del hall al recibir el peso de su abrigo. Yo podía perfectamente interpretar estos signos. Una vez que él hubo comido la mitad de su comida le pedí que me diera el dinero para ir al bazar. Se le había olvidado.

«A estas horas ya la gente está en sus camas durmiendo su primer sueño»—dijo. Yo no sonreí. Mi tía le dijo enérgicamente:

«¿Acaso no puedes darle el dinero y dejarlo ir? De todos modos le has hecho esperar hasta bastante tarde.»

Mi tío pidió excusas de haberse olvidado. Dijo que él creía en el antiguo refrán: «Sólo trabajo y ninguna entretención, hacen de Jack un simplón». Me preguntó a dónde iba y una vez que le hube repetido por segunda vez, me preguntó si conocía «La despedida del Arabe de su cabalgadura». Cuando yo dejaba la pieza él empezaba a recitar las primeras líneas del trozo a mi tía.

Sujeté bien apretado en mi mano el florín a medida que dirigía mis pasos hacia abajo de la calle de Buckingham hacia la estación. La vista de las calles invadidas de vendedores y alumbradas de gas me recordó el propósito de mi viaje. Tomé un asiento en vagón de tercera clase de un tren desierto; después de un intolerable atraso el tren salió lentamente. Subió por entre ruinosas casas y sobre el río que centelleaba. En la estación de Westland Row, una muchedumbre de gente se empujaba hacia los vagones, pero los porteros los rechazaban diciéndoles que ese tren era especial para el bazar. Yo me quedé solo en el carruaje va-

cío. Después de unos cortos instantes el tren se detuvo cerca de una improvisada plataforma de madera.

Yo salí al camino, y vi cerca de la esfera alumbrada del reloj, que eran diez para las diez. Frente a mí se elevaba un gran edificio que ostentaba el mágico nombre.

No pude conseguir entrada de seis céntimos y temiendo que el bazar pudiera cerrarse entré ligero, por la puerta que giraba entregando un chelín a un hombrecito de mirada cansada.

Me encontré en un gran hall que estaba cortado en la mitad por una galería. Casi todas las ventas estaban cerradas y la mayor parte del hall, en la obscuridad. Me pareció reconocer el silencio que invadía las iglesias después de las ceremonias. Me encaminé hacia el centro del bazar con timidez. Unas pocas personas se agrupaban cerca de las ventas que todavía no cerraban. Frente a una cortina, en que se podía leer «Café Chantant» escrito con luces de colores, dos hombres contaban dinero en una bandeja. Yo escuché el sonido de los céntimos al caer.

Recordé con dificultad a qué había venido, me dirigí hacia uno de los puestos y examiné los vasos de porcelana y los juegos de té floreados. En la puerta del kiosko, una mujer joven hablaba y reía con dos caballeros. Pude notar su acento inglés y escuché vagamente su conversación:

«¡Oh! ¡Jamás tal cosa!»

«Sí pero Ud. lo hizo!»

«¡Oh! Yo no lo hice!»

«¿No dijo ella eso?»

«Sí, eso se lo oí decir».

«Oh allí hay un.....»

Observándome la joven se me acercó y me preguntó si quería comprar algo. El tono de su voz no era muy halagador. Parecía haberme hablado sólo por cumplir con su deber. Yo miré humildemente los dos grandes

jarros que parecían dos guardianes a cada lado de la entrada de la obscura puerta del kiosko, y murmuré:

«No, gracias.»

Entonces la joven cambió la posición de uno de los vasos y se volvió a donde los dos jóvenes. Volvieron a hablar del mismo asunto. Una o dos veces la joven me miró sobre el hombro.

Yo me atardé frente a su escaparate, aunque sabía que mi estadía era vana, por hacer creer que mi interés en sus ventas era real. Después me fuí lentamente hacia el centro del bazar. Dejé caer los dos peniques contra la moneda de seis céntimos que llevaba en el bolsillo. Oí una voz decir adentro al otro extremo del hall que las luces se iban a apagar. Ahora la parte alta del bazar quedó a oscuras.

Escudriñando entre la obscuridad, me ví a mí mismo como una criatura llevada y burlada por la vanidad, y mis ojos se quemaron de angustia y de rabia.

(Traducción directa del inglés y especial para ATENEA).